

Care Santos:

Diamante azul

Ed. Destino, Barcelona, 2015

477 páginas, 20€ (e-book 13€)



Léxico familiar

Por JUAN ÁNGEL JURISTO

La novela de sagas familiares aparece en correlato al ascenso de las clases burguesas en la Europa del XIX, una clase social de ánimo tan emprendedor que muchos acuñaron el concepto de fáustico a partir de ese impulso que parecía no tener límite y donde lo infinito parecía constituirse en el imaginario colectivo de aquella sociedad. Ni que decir tiene que a esa expansión de los límites familiares le correspondía una expansión de los límites geográficos: época de esplendor de los imperialismos europeos, la novela de sagas familiares conoció, sin embargo, su época dorada, cuando surgió la decadencia, ya en el siglo XX –quizá la más afamada de todas ellas, *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, inauguró el siglo, y no era casualidad–. Es, enton-

ces, cuando el género se hace consciente de sí mismo –diríamos que sabe ya el modo de narrarse– y, así, surgen esos grandes espacios de las *roman fleuve* de Martin du Gard o *El jardín de los Finzi Contini*, temática que, sobre todo, después de la descolonización de las antiguas tierras conquistadas, se traduce en abierta nostalgia y el género acude al *best seller*: *La saga de los Forsyte*, de John Galsworthy o las novelas de Paul Scott, en el caso de la literatura del Reino Unido, profusa en sagas vinculadas a la nostalgia por el extinto Imperio Británico. *El señor de los anillos* viene que ni pintado para entender el especial vínculo de estas sagas modernas con las antiguas, las medievales, por mostrar abiertamente el propio origen del género:

en estas novelas modernas hay un héroe –en este caso, un héroe alejado de la épica guerrera–, pero es igualmente un emprendedor y suele viajar hasta los confines para hallar riqueza, es decir, el anillo de las mitologías, que desde Wagner a Tolkien es sinónimo del capitalismo y que suele llevar a la perdición a quien haga mal uso de él. Asimismo, termina conociendo la decadencia, la destrucción y una expiación que poco o nada tiene que ver con el antiguo mundo de los dioses, pero que remite al conocimiento postrero que otorga la desgracia.

Esta estructura se repite en cada nueva inmersión en el género y, en especial medida, en la novela que nos ocupa. Care Santos ha publicado la que hasta ahora es su última entrega, *Diamante azul*, novela de saga familiar, después de *Deseos de chocolate*, una narración muy distinta y de corte fragmentario. No es la primera vez que Santos incurre en el género, pues *Habitaciones cerradas* (2011), que tuvo un gran éxito y que incluso llegó a adaptarse a serie de televisión, contaba la vida de una familia de la Barcelona modernista que sentaba sus reales en el entonces incipiente Paseo de Gracia. Hay que decir que el género en nuestro idioma, que se despliega desde *La araña negra* de Blasco Ibáñez a la *Mariona Rebull* de Ignacio Agustí –la gran novela de la serie *La ceniza del árbol*, que narra los avatares de la familia Rius, y que también se transformó en película y serie de televisión– o, ya en América, donde el género ha ganado profusión, desde *Cien años de soledad* a *La casa de los espíritus*, no ha sido muy utilizado entre nuestros escritores, salvo en el caso de Cataluña, donde se consideró idóneo para describir a las sucesivas generaciones de industriales de

una misma familia. Care Santos, desde su ya metafórico título –alude a los ojos azules presentes en todos los miembros de la familia– está más cerca en esta descripción de *La casa de los espíritus* –esa relación entre Esteban Trueba y Clara, la hipersensible, y el paisaje de la finca de Las Tres Marías– que de la saga de los Rius, un referente de la literatura catalana, pero, más moderna, no incide ya en familias pertenecientes a las clases dominantes o en el caso de las sagas latinoamericanas, en los terratenientes, sino que en esto se ajusta a la literatura última de sagas familiares, *El club de la buena estrella* y *El valle del asombro*, de Amy Tan, *Un secreto inconfesable*, de Françoise Bourdin, *Lo que sé de Vera Cándida*, de Veronique Ovaldé y, desde luego, la novela que, creo, es la gran referente en la literatura de tema familiar de Care Santos: *Espejo roto* (1974), de Mercé Rodoreda. Desde luego, lo es mucho más que *La plaza del diamante*. Y no es para menos, ya que *Diamante azul* guarda un aire de reivindicación tan moderna de las generaciones familiares que sólo se me ocurre relacionarla, por fuerza, con *Espejo roto*, una de las grandes novelas de la literatura española del siglo XX, una novela escrita en plena madurez de la autora y que se ocupaba de la Barcelona que se convirtió en la ciudad del progreso, de los prodigios, a través de la descripción minuciosa, precisa, de los distintos ambientes de la sociedad catalana de principios del siglo XX, desde las pescaderas, de donde procede Teresa, a la gran burguesía de Salvador Vallldaura.

Esta novela trata, en realidad, del paso del tiempo, algo importante también al referirnos a la obra de Care Santos, y cumple todos los requisitos habidos desde las sa-

gas medievales: se narra la decadencia y desaparición de los Valldaura, pero, al final, la que intenta salvar los muebles de la familia es Amanda, la criada. En estas sagas familiares suele ser la guerra civil el detonante de la decadencia de estas familias y en Mercé Rodoreda esa condición se cumple a rajatabla, pero introduce en la novela un elemento de una extrema modernidad —me refiero como artificio literario—, y es que son las mujeres las que cuentan y, sobre todo, sostienen, el entramado familiar. El lado femenino es, aquí, esencial y tengo para mí que esta novela ha influido de modo más incisivo de lo que parece en la conformación de las actuales novelas de sagas familiares, donde son mayoría las autoras y suelen ser las mujeres las guardianas de la memoria familiar. Algo que, en cierta manera —y es curioso— nos retrotrae a lo que fue parte de nuestro imaginario. Recordemos la labor de Penélope en ausencia de Odiseo. Memoria familiar en la que participan otras alejadas culturas: ¿tenemos que recordar que en *Sueño en el pabellón rojo*, la gran novela de saga familiar de la literatura china, es el gineceo el lugar central y sagrado de esta extensísima narración, el lugar donde acontece lo esencial de la familia, el ámbito privado?

Diamante azul es novela de hábito autobiográfico y, en cierta manera, se perfila como un homenaje nada secreto a la abuela de la autora. Los modos están ya inmersos en nuestra manera de concebir la modernidad en la literatura: *Diamante azul* comienza en los años 20, cuando Teresa Pujolá, en la ciudad de Mataró, está prometida con el notario en ciernes, a quien no ama, y se enamora de Claudio, el lechero. Embarazada de ocho meses, aquel 13 de agosto de 1927 en que muere su pa-

dre, el patriarca de la familia, Teresa, quizá por primera vez, atisba la sucesión de vida y muerte, la de su padre, por un lado, y la del hijo que le nacerá. Moribundo el padre, la escena de su muerte se tiñe de azul: «Florián Pujolá obedece a su hija. En la penumbra le parece reconocer los olores de la cocina de Tomasa, el rumor de los platos y las cazuelas. También el canto de los pájaros, lejano pero diáfano. Su diamante azul, tan deslumbrante, tan extraño, aparece en el centro de la memoria. Cuántas horas de su vida ha pasado mirándolo. El tintorero repara en que su vida ha sido, sobre todo, azul. Se alegra del descubrimiento. Le hace sonreír. El último instante de placidez también es azul. Azul claro y transparente como sus pupilas. Las que ve frente a él, las suyas propias, las de su padre y las de tantos antepasados que llegaron de lejos. Una herencia familiar transformada en la mirada ahora sombría de su Teresa».

Care Santos comienza la novela con la historia de la abuela Teresa, pero la saga se remonta a los Pujolar, en el siglo XVIII, en 1723, en Olot, y que llegan a Mataró al siglo siguiente, el de la industrialización de la zona, para poner negocios de tintes. La novela se ajusta a la estructura de ascenso y caída, ya que llegan a formar parte de la clase dominante en la zona, pero los problemas de suspensión de pagos en el Banco de Barcelona, que hacen temblar a la burguesía de la época, ya que la mayoría tenían el dinero metido en esa firma, unidos a las continuas huelgas de los trabajadores, hacen que los Pujolá terminen arruinados. Una de las virtudes de esta novela de Care Santos es que describe con clara justeza la transformación social de Mataró durante el siglo XIX a través de una meridiana comprensión de todas las clases socia-

les en juego. Llama la atención la lucidez con que se describen estos procesos, probablemente porque la autora ve el período con los ojos de nuestra contemporaneidad, es decir, dirigiendo su mirada a lo colectivo, no a la defensa de una clase social determinada, llámese burguesía o proletariado.

Pero la novela posee otros enormes hallazgos, como la maestría para mezclar diversos y múltiples periodos históricos, lo que contribuye a hacer de *Diamante azul* una novela que huye de la linealidad chata de la sucesión narrativa tradicional. Ni que decir tiene que el relato gana así en complejidad, pero es que hay elementos varios que hacen de la novela una sucesión de felices acontecimientos. Por ejemplo, el papel que Care Santos otorga al cine en la conformación de una modernidad lastrada por la Iglesia, representada en la novela por la revista *El Pensamiento Mariano*, de obligada lectura en las casas bien de la época y que perseguían a la juventud hasta en los dulces días de las vacaciones en Argentina. El cine es la liberación, llega en los años veinte como cómplice de aquellos que aman las innovaciones y casa mal con la rancia burguesía. Es la época de las chicas que fuman en boquilla y aman el charlestón, los años de Teresa y su educación sentimental, los años que mar-

can la entrada de Mataró en el siglo XX, la Modernidad, y Care Santos realiza en esta novela un bello homenaje a este arte de manera muy hermosa, como si en realidad fuera el verdadero protagonista del cambio, de ese caer de pronto en el siglo donde se vive. Y —no hace falta decirlo— las verdaderas beneficiadas de esta inmersión en la Modernidad son las mujeres, a las que la Iglesia fustiga con especial virulencia en sus arremetidas morales. Como repiten los curas, la música moderna deja el cerebro hecho puré y es la responsable de que las mujeres se quiten el corsé, se pongan sombreros de plumas y fumen en boquilla: la música aliada al cine. No es baladí —en este sentido la Iglesia fue siempre coherente— y Care Santos describe perfectamente esa lucha porque le resulta pertinente y fascinante.

La novela se extiende hasta casi nuestros días, pero la autora quiere en esta narración homenajear a su abuela y Teresa es el personaje idóneo para recrear aquellos modernos años veinte. El resultado es una bella novela sobre sagas, sí, pero también sobre la implicación de las mujeres en la modernización de nuestro país. Es una novela sobre la muerte, el tiempo y los convencionalismos; una novela, en definitiva, sobre la libertad.